

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido amigo:

Corren por lo menos dos lecciones acerca del año durante el cual murió José Ortega y Gasset, una dice 1955 y otra 1956. En lo que todos están de acuerdo es acerca del año de su natalicio, 1883, un día 9 de mayo.

No creo que vaya a ser necesario que transcurran cien años para que el día de su fallecimiento sea revelado sin ambages o impedimentos, toda vez que suma a la inutilidad de afanes cronológicos que desde hoy mismo pueden ser satisfechos, la imposibilidad de que nosotros, muchos de nosotros, estemos vivos el día que se conmemore el primer centenario del fallecimiento de Ortega y Gasset.

Por el momento debe bastarnos que su centenario natal se ha celebrado en el curso del presente año, merced a todas las formas imaginables de los homenajes debidos a quien ha contribuido a dar fisonomía a su tiempo, a la sociedad, al pensamiento. Desde luego, hay y habrá personajes recordables no solamente por la positivización de sus pasos sobre la tierra, sino también por la negatividad de los mismos, negatividad o aparente o real, pero de todas maneras situada a mitad de la piel desnuda a título de tánado de intemperante punzada.

Ortega y Gasset, ensayista y literato de tantos méritos, expuso a los ojos de sus contemporáneos lo mismo las virtudes como el reverso de éstas que, no a fuerza, pueden y deben reputarse de desvirtudes. Sin embargo lo que no es virtud merece otro tratamiento en el cual media la censura, el rechazo, la piedad o conmiseración y otras formas que tienen todos los matices de la reprobación.

Las no virtudes del filósofo español son muchas, enumerarlas parecería parte de un antihomenaje, y por lo mismo, no nos cumple hacerlo, mas, dinos lector cumplido, ¿en nuestro caso citarías tú la lista de pequeñas y grandes traiciones al pensamiento y comportamiento que se achacan a Ortega y Gasset por no siempre delirantes partidarios de la República española. Antes aún de que respondas quisiéramos darte el punto de vista que nos asiste al formular esta breve epístola en tomo al primer centenario natal de Ortega y Gasset.

El punto de vista centra la atención en lo siguiente. Como es sabido, Ortega ha sido hasta nuestros días en lo que va del siglo, el pensador si no más original sí más organizado de la lengua española, de nuestra hermosa lengua española que nosotros maltratamos todos los días impunemente. Independientemente de su formación filosófica, de su pensamiento magisterial, de las fuentes estilísticas o veneros en los cuales abrevó para haberse de un estilo literario, lo que interesa de Ortega y Gasset es el resumen que exige su persona como actuante en un gran partido, el más numeroso de Wos, que se llama humanidad. Eso es. Lo que pedimos de él es saber qué ocurrió y qué sigue ocurriendo con un hombre que se llama Ortega y Gasset.

Resultaría pura ramplonería independizarlo de todas sus "circunstancias", pero sí vale la pena aislarlo y verlo en el momento, digamos, en que elige Buenos Aires para viajar y dar allí conferencias y pláticas de las cuales se hacen lengua todavía muchos que las escucharon. Aislado de circunstancias y todo cuanto pudiera oscurecer el brillo puramente personal, saber cómo enderezó su corazón al saber que la notable estanciera argentina, mecenas singular, doña Victoria Ocampo, finiciaría su vida en el extranjero, es decir fuera de España, a continuación de que la dictadura de Primo de Rivera lo expulsó por indeseable.

Y todavía más. Nosotros que también como Santo Tomás amamos a los pecadores y odiamos el pecado, nos resultaría de particular regocijo tener datos sobre las relaciones entre nuestro Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, no menos nuestro, al momento en que mediante los oficios de Manuel Moreno Villa, ambos mexicanos distrajeron sus meditaciones literarias en oficios de cronistas de cine, arte que cuando era mudo todavía encendió la imaginación y entusiasmo de muchos, muchísimos escritores de gran prestigio.

¿Y Borges, qué? Todavía no hemos tenido ocasión de revisar página por página tanto los ensayos como las narraciones del argentino para tratar de hallarnos con Ortega y Gasset. Borges, cuyas primeras armas partidarias en la literatura las hizo en España, al lado de Gerardo Diego, Cansinos Asens, Dámaso Alonso y otros que olvidamos con la prisa impuesta a la presente, amado lector (Manifiesto de los ultraístas), es más que probable que se relacionara con Ortega. Esta relación pudo ocurrir también en Buenos Aires en cualquiera de las dos ocasiones en las cuales el español viajó a la tierra de Borges.

El autor de *El Aleph*, casi lo creemos seguro, no habrá cultivado una amistad cercana con Ortega. Borges siempre fue bastante antiespañol, sobre todo por lo que tienen los escritores peninsulares de acadernicistas. ¿Recuerdas, amigo lector, la discusión que armó Borges con un tal Salaverría, de nacionalidad española, a quien Borges llamó con resalada gracia “artefacto vasco”? Aun cuando la cita resulte incompleta debemos tener presente que Borges dijo una vez, a propósito de algo, a no sabemos quién, que los españoles hablan en voz alta porque desconocen la duda. Es decir, más bien, por lo dicho, él en principio pudo haberse enemistado con Ortega que, además, resulta a ratos intolerablemente retórico.

Pero vamos a apaciguar estas letras, en honor de algo más sencillo, amigo nuestro. En lugar de ser nosotros quienes afirmemos los vastísimos méritos de José Ortega y Gasset, filósofo, literato, periodista, ensayista y escritor, sean otros con mayor autorización quienes lo hagan. Dejamos la palabra a Angel del Río

” ... Catedrático de Metafísica en la Universidad de Madrid y filósofo por vocación, Ortega trae una nueva actitud a la vida intelectual española. Frente al subjetivismo extremo, frente a la angustia y el impresionismo de sus predecesores -los hombres del 98-, proclama ante todo la necesidad de buscar la verdad objetiva. Se sitúa en ‘espectador’ ante el mundo que le circunda circunstancia - y trata serenamente’ meditando con ‘amor intelectual’, de desentrañar el sentido de las cosas que forman ese mundo. Independientemente del valor de su pensamiento, basado en varios conceptos rectores -perspectivismo, razón vital e histórica, primacía de la vida humana, el ‘yo y su circunstancia’ como realidad radical-, Ortega ocupa un puesto clave en la literatura española del siglo xx por más de un motivo: como incitador de nuevas direcciones, como definidor de fenómenos estéticos y críticos de gran alcance -sus ‘Meditaciones del Quijote’, sus ideas sobre la novela y el arte de Proust, etc.-; como ensayista original y penetrante sobre un vasto panorama de temas -realidades españolas, paisajes, arte, nuevos modos de vida y pensamiento-, y, sobre todo, por lo que al propósito de una antología literaria concierne, como creador de un estilo extraordinario por la elegancia, la precisión y el poder sugeridor de la palabra.”

Ernest Robert Curtius, citado por Carlos Federico Sainz de Robles, dice:

“Ortega y Gasset es acaso el único hombre de Europa que puede hablar con la misma intensidad, con igual seguridad de juicio, con igual brillantez de exposición sobre Kant como sobre Proust, sobre Debussy como sobre Max Scheler.”

El citado Sainz de Robles proporciona, asimismo, otro juicio de valor; en esta ocasión lo pone en labios, o en la pluma, querido lector, que, para el caso es lo mismo, de un personaje que identifica con las siglas V. P., las cuales por más que hemos exprimido el magín no se nos revelan en lo que toca al nombre del autor. Estas y otras jugarretas suele hacerlas nuestro informante del momento, autor, para el caso de *Diccionario de la literatura*. V. P., que bien podría corresponder a uno de esos añadidos o marcas de fábrica de un succulento brandy español, dejó escrito lo siguiente:

”Pensador del novecentismo, es profesor, y, por tanto, es maestro de la nueva intelectualidad; es un caso más del equilibrio, del centro ideal de los valores castellanos en nuestras letras.”

Por mala fortuna no tenemos a mano, amigo nuestro, pero acaso tú sí, las palabras que le dedicó Unamuno a Ortega en ocasión de la polémica que trabaron en torno a cuestiones caras al pensar y al ser social o ser dramático, ya que de Unamuno se trata. Según recordamos, ambos, muy puestos en su bilis y su papel castizo, desencadenaron la tempestad de palabras que ahora probablemente se van a poner a la moda, ya que los centenarios sirven para eso, volver a la vida lo que aparentemente estaba muerto.

Pero sigamos, si nos lo permites lector amigo, con el muestreo, (¡Vaya terminajo tecnicista!, hubiera suscrito más que Ortega, Unamuno, ambos tan propios) que nos tiene ocupados entre papeles, libros polvorientos, tarjetas que arnarillean el otoño de conocimientos ya casi innecesarios, fichas y más fichas de profesorcitos que han dejado de ser madrugadores a fin de optar, pronto y bien, por empleos menos riesgosos que enfrentar alumnos, unos somnolientos, otros esmerados perseguidores de buenas notas.

De la pequeña torre de babel que son tantos papeles como hemos dicho, se despeña un alud de ellos, de los cuales se desprende esta opinión escrita a mano suscrita por Julián Marías, el gran discípulo de Ortega. Léela, y medítala, lector que nos acompaña con tanta paciencia en esta excursión.

“Las cosas humanas sólo son comprensibles dentro de la vida, funcionando en ella, y ésta es la que da razón de esas cosas. Y cosas. Y como la vida humana es histórica, la razón vital es también razón histórica.”

Las palabras de Marías se producen en torno al asunto que, para los más apasionados discípulos de Ortega, es un sistema original de filosofía creado por su maestro: Metafísica de la razón vital. En dicho sistema se defiende la realidad radical de la vida humana como superación del realismo y del idealismo. “Dicha realidad radical -escribe Sainz de Robles- ha de entenderse como un hacer, como un quehacer dinámico del yo con las cosas. yo soy yo y mi circunstancia. La razón vital, que 'es una y misma cosa con vivir' —¡porque vivir es no tener más remedio que razonar ante la inexorable circunstancias-, está por encima de la razón pura y que la razón fisicomatemática.”

Frente a nosotros se abre un libro en el cual leemos con facilidad debido al tamaño de las letras del título, 18 en 10 cuadratines, la siguiente leyenda: El brillo de su ausencia, y en tipo menos grande el nombre de la autora: Dolores Franco de Marfas. Bajo este título de indudable influencia juanramoniana, se refugian palabras que glosaremos para ti, lector atento, dado que han de interesarte de manera más que lejana

. “ ... Sabido es cuanto hizo (Ortega) por exigir a la mujer y obligarla a exigirse; su preocupación creciente por el nivel de las mujeres españolas. Nadie ignora el entusiasmo que han despertado en las mujeres de todas las latitudes su prosa bellísima, su teoría que antepone “la vida selecta y armoniosa” a otras manifestaciones de la cultura, su voz cálida, su oratoria persuasiva, su capacidad de poner en claro lo más intrincando, su ademán digno y garboso. Más de una vez se le ha atacado porque su público era en gran parte femenino, porque era capaz de hacerse entender ‘hasta por las mujeres’, porque hizo intere, sarse por la filosofía a las grandes damas y hasta a algunas burguesitas.”

El entusiasmo de doña Dolores es franco, sin ambages, con preciosos datos ambientales, por ejemplo los relacionados con las primeras mujeres que siguieron carreras humanísticas, con qué pie pisaban las mocitas cuyo aleteante corazón necesitaba el bálsamo de la sabiduría que proporcionaba Ortega y su riguroso (riguroso) sistema expositivo. Por el momento no insistiremos en la numerosa población femenina que ha escrito sobre Ortega, de ellas unas con buen signo otras con señal aunque afectuosa no a la altura del temple de la expresión filosófica.

A cambio de señoras seducidas por el escritor y ensayista que nos ocupa, querido lector, hemos de recordar a José Antonio Maravall, autor de un testimonio sobre nuestro recordado de hoy, en cuya parte conducente dice: “La gran fuerza de la labor filosófica de Ortega fue la de dar lo que hacía falta. Lo dio él, claro está, en primer lugar con plétórica abundancia, y, desarrollando una actividad secundaria, nos dio lo que otros podían ofrecernos. Hay que pensar en lo que significa que de 1920 a 1935 -partiendo, pues, de una fecha en la que el español no tenía ni noticias de la filosofía que se hacía fuera- Ortega hiciera familiarizarse a alumnos y lectores españoles con Brentano, Hüusserl, Scheler, Dilthey, Heidegger -aparte de que, en otros saberes, a él se debe la incorporación desde Einstein hasta Huizinga, pasando por M. Weber. Trabajos de todos estos autores, debido a la iniciativa de Ortega, están traducidos al español por entonces, es decir, antes que a ninguna otra lengua.”

Para aspirar a construir un edificio de elogios sobre José Ortega y Gasset, el camino es largo, porque muchos son los alumnos del maestro español, entre los cuales sobresale José Gaos, José Ferrater Mora, Pedro Laín Entralgo, Julián Marías, Alfredo Roggiano, Francisco Romero, el mexicano Fernando Salmerón, autor de un artículo titulado “Las mocedades de Ortega y Gasset”, y muy en particular la talentosa pensadora española

María Zambrano, antigua conocida nuestra.

Pero como lo dejamos entender a partir de las primeras letras de la presente, querido lector, no se trata de sumar elogio tras elogio en torno a la persona de Ortega, quien en vida conquistó muchas críticas adversas y hasta demeritos. Omitirlos ahora sería igual a ocultar la otra cara del sol, es decir, el malestar que la actitud del filósofo produjo en grupos muy apreciables de la intelectualidad y la política española.

En Nuestro tiempo, revista española de cultura, número 2, octubre de 1951, México, encontramos esta breve nota, titulada “Ortega y Gasset predica el racismo”:

“No son sólo los guardias civiles los que se dedican a explotar las inmundas ideas que prevalecen oficialmente en nuestra oprimida patria. La prensa franquista ha informado recientemente de que el pomposo filósofo, más o menos existencialista, José Ortega y Gasset, ha pronunciado una conferencia en Munich sobre el tema La idea de nación y la juventud alemana. (...) Triste destino el de los intelectuales vendidos al imperialismo.”

Los términos ásperos, violentos y sangrantes, eran moneda corriente en los días en los cuales se pedía de los hombres de pensamiento actitudes definidas, consecuentes con la lucha antifasista.

Aún se recordaba que el famoso 5o Regimiento, ya leyenda en el corazón de quienes comprobaron la fraternidad universal en torno a España, impulsó el desarrollo de la educación y la cultura en su lucha contra el analfabetismo, con sus escuelas y bibliotecas fijas y circulantes, con sus famosos carteles y sus periódicos murales, con el teatro que el Regimiento llevó a las calles y a las trincheras por medio de las “guerrillas teatrales”.

En las filas del 5o Regimiento, o ligados a él, figuraron numerosos revolucionarios poetas, escritores, artistas, médicos, ingenieros, arquitectos, y otros muchos intelectuales de gran valía que gozaban y gozan de renombre nacional e internacional: Rafael Alberti, César Arconada, Pedro Garfias (tan español como mexicano), Miguel Hernández, José Herrera Petere, Luis Lacasa, María Teresa León, Juan Planelles, Manuel Recatero, Juan Rejano, los Renau, Wenceslao Roces, Manuel Sánchez Arcas, Alberto Sánchez, S. Otaola y otros muchos.

Y justo es decirlo, en el momento en que José Ortega y Gasset abandonaba España a fin de dedicarse en calma a sus meditaciones sobre la razón vital, el 5o Regimiento salvó de la destrucción el tesoro artístico que existía en bibliotecas, museos y palacios de Madrid.

Desde luego, estos datos, perdidos en la bruma de los años se desvanecen y, al final de cuentas, José Ortega y Gasset reivindica el pensamiento puro, la ecuación pensar y después existir, ¿o al revés?, en favor del quehacer especulativo de la metafísica.

Mas no se trata de regañar o suscribir viejos juicios que, hasta muchos de ellos pudieron haber variado ya, todo a la luz del pluralismo, del alivio que da la perspectiva sociohistórica que disminuye proporciones innecesarias y molestas y agranda aquellas que, de una manera u otra, abonan la buena conducta de los personajes expuestos a la crítica y, ¿por qué no?, a la autocrítica. Y como no se trata de ver las sombras, sino de ver también las luces, querido lector, en seguida hallamos estas palabras de Alfredo A. Roggiano, autor de Estética y crítica literaria en Ortega y Gasset, que corren de la siguiente manera:

”Y como para Ortega el hombre es el problema de la vida, el problema del arte es el problema del hombre mismo- ‘Las artes son sensorios nobles, por medio de los cuales se expresa a sí mismo el hombre lo que no puede alcanzar fórmula de otra manera.’ Y esa expresión del arte es la determinación, la individualización, las diferenciaciones del hombre mismo. De aquí que cada arte responda ‘a un aspecto radical de lo más íntimo e irreductible que encierra en sí el hombre. Y este aspecto no será, por consiguiente, sino el tema ideal de cada una’. Este es en realidad el problema del origen del arte. ‘Cada arte nace por la diferenciación de la necesidad radical de expresión que hay en el hombre, que es el hombre.’ “

Alfredo Stern, dejó escrito en ¿Ortega existencialista o esencialista?

Entre los otros conceptos orteguianos redescubiertos por Heidegger muchos años después de haber sido concebidos por el pensador español, éste menciona: la vida como enfrentamiento del yo y su circunstancia, como diálogo dinámico entre el individuo y el mundo, y la interpretación de verdad como altera en el sentido etimológico de descubrimiento, desvelación -quitar un velo o cubridor. Para dar otro ejemplo, Ortega dice lo siguiente de esta nota larga e importante, a pesar de la discreción de los tipos usados. 'Vivir es, de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él. ¿De quién es esto? ¿De Heidegger, en 1927? ¿O publicado por mí con fecha de diciembre de 1924 en La Nación de Buenos Aires? . . . ' “

Así podríamos continuar apreciado lector, citando aquí y allá, a fin de mostrar la importancia que reviste en esta hora el centenario del natalicio del pensador español.

Y para terminar esta carta poco más o menos conformada con buenos propósitos y peores resultados, te invitamos a leer el trabajo de Raúl H. Mora, titulado “Los 100 años de Ortega y Gasset: encuentro con la verdad del periodismo”, recogido en la sección “Cultura” de la revista Proceso, en su número 341 de 16 de mayo de 1983, y asimismo te invitamos a leer “Inventario”, de José Emilio Pacheco en el mismo número de Proceso. La colaboración de Pacheco responde al título de “José Ortega y Gasset (1883-1955): Navegaciones y naufragios.” En el primero de los trabajos te llamará la atención el hecho de que a un ministro de un gobierno mexicano del inmediato pasado, se le haya comparado para elogio suyo con Ortega.

Y sin más que decir por el momento, y al rogarte cuidar de ti en estos días de inclemencias climáticas, te deseamos todas las venturas y gracias en pro y beneficio común de tu futuro. Hasta la próxima.